

escrito a máquina

El Poder y La Autoridad



Los mal alojados, las "Displaced Persons", los desplazados, "el problema de los hombres sin techo" es un problema mundial, problema de todas las grandes ciudades y sobre todo de las capitales. Pero en todo el mundo ese problema ha promovido soluciones, ha suscitado leyes y planes sociales de urbanismo e incluso ha hecho nacer nuevas entidades de beneficencia o congregaciones religiosas como "los Discípulos de Emaús" de Francia y Bélgica y otras que no recuerdo dedicadas a remediar —según sus grados— esa necesidad tremenda que el hombre resolvió desde la etapa paleolítica pero que ahora, frente al desarrollo caótico de la Ciudad Moderna, parece impotente para darle solución, por lo menos en amplísimos sectores de población.

Si un gran número de pájaros perdieran su capacidad de hacer y de tener nidos ¿qué sería de su especie? La casa es una especie de estructuración física de la protección maternal. La Casa es la Madre, el techo es el regazo —dormir bajo techo es, en cierta manera, reedificar el vientre para el diario parto del amanecer en que el hombre vuelve a salir a luz después de una cálida noche materna y protectora. ¿Qué será de esos miles de niños, miles de hombres nicaragüenses, pájaros sin nido, huevos sin calor, seres inacabados y sin vientre?

Sólo aquel que ha trabajado su día y debe dormir su noche (o velarla) bajo la lluvia, o pasarla mal cubierta por un trozo de cartón, sintiendo a sus hijos tiritar de frío apretados junto a sus costados, puede responder a esa angustiada pregunta.

Nosotros, en nuestros lechos bien cubiertos y arropados ¿escuchamos la respiración inquieta de esos hermanos que no duermen bajo los aguaceros? ¿Oímos a los que se levantan en la oscuridad cuando ruge el cauce, y tienen que salir fuera de sus covachas, sacando a sus hijos, recogiendo sus pobres enseres —la paila de frijoles del desayuno, los trapos, las mudadas, las tablas del lecho— porque las aguas amenazan?

En París, el famoso abate Pierre recorría la ciudad pidiendo para darle techo a los trabajadores y a los pobres de los barrios miserables. Al comienzo pocos le hacían caso. (Entre las pobreza menos visibles se encuentra la miseria del "hombre sin techo!"). Una noche —la noche del 3 al 4 de enero de 1954— mientras el Consejo de Ministros rechazaba votar un crédito para construir casas para los necesitados— un niño moría de frío en París durmiendo sobre unas planchas de metal de un viejo vagón abandonado de ferrocarril. El abate Pierre se dirigió entonces, en carta pública, invitando al Ministro de Construcciones o de Fomento de Francia a que asistiera al entierro del niño. Y el Ministro fue. "Hecho insólito en los anales de la República: los diarios publicaban la foto de un Ministro siguiendo al desvalido féretro de un niño anónimo". Pero había visto y palpado la llaga y el abate Pierre había ganado su batalla. Oficialmente fue decidida la construcción urgente de varios millares de alojamientos para necesitados y de todo París surgieron organizaciones de ayuda y colectas para esa obra social de angustiada necesidad.

Entre nosotros un Obispo ha escuchado el clamor terrible de miles de familias que, para hacer oír su necesidad, necesitaron el magnavoz doloroso de una huelga de hambre. Ese Obispo, Monseñor Chávez, se ha ofrecido y está actuando como mediador.

Yo le diría a Monseñor Chávez: ¿No sólo sea el mediador entre la petición de esas familias sin techo y las autoridades, sea en nombre de toda la población cristiana de Managua, el que encabece un movimiento de justicia para proporcionarle hogares, en primer lugar, a ese grupo admirable que lo recibió cantando himnos con sus bocas hambrientas, y luego —fundamentada una organización— a cuantos más se pueda! Para lograrlo, no es necesario invitar al dramático entierro de un niño, pero sí invite al Presidente y sus Ministros, invite a veinte o treinta grandes empresarios, a los dueños de terrenos, a padres de familia pudientes, reúnalos con esos hermanos sin techo: que los vean cómo viven, que los oigan, que sepan que entre todas esas mil familias no hay un solo delincuente sino gente trabajadora, honrada, ejemplar en su vivencia de la solidaridad humana, gente heroica —verdadera reserva moral de nuestra Nicaragua— para que de ese contacto y de ese diálogo surja, no solamente la oferta fría de un terreno, sino un movimiento social de verdadera fraternidad en el cual, los que tienen techo, los que tienen bienes en abundancia, los que tienen posibilidades, organicen y estructuren la manera permanente de facilitar la adquisición de un techo a quienes lo necesitan.

Los vasos comunicantes existen. Dichosamente, a pesar de tanto derrumbe, el fondo del alma nicaragüense es cristiano. Los vasos comunicantes existen. Lo que hace falta es que una institución, con la fuerza moral de la Iglesia, establezca o limpie el conducto —obstruido por el egoísmo o la desidia— entre quienes están llenos y quienes están vacíos.

PABLO ANTONIO CUADRA